

“Ensánchate, templo (son expresiones de un contemplativo); hé aquí el que no pueden contener los cielos y la tierra. Puertas del templo, abríos; hé aquí la puerta oriental por donde solo el Señor ha podido entrar, dexándola cerrada en su tránsito. Altares del templo, purificaos de la sangre impura de animales, con que hasta ahora habeis sido rociados; hé aquí el Cordero de Dios inmaculado, que por la efusion de su preciosa sangre, viene á quitar los pecados del mundo: humíllate, velo del templo; hé aquí la que da un velo al Verbo Encarnado, baxo el qual oculta su Divinidad; hé aquí el Sol de justicia, que viene á ilustrar con sus rayos á todas las naciones que le son dadas por herencia. Arca del testamento, retiráos; hé aquí el Arca de la santificacion, que no solo contiene el maná, sino el verdadero pan de vida, ni contiene únicamente las tablas de la ley, sino

al divino Legislador. Querubines, que cubris con vuestras álas el propiciatorio del templo, manifestadle hoy; dexad de mirar atentamente su figura; volved vuestros ojos á la realidad; considerad á este infante Dios que entra en el templo, y que viene á ofrecerse para ser él mismo víctima de propiciacion por los pecados del linage humano.”

Ideas verdaderamente magníficas, que nos inspira la misma religion quando nos propone la Purificacion de María y la Presentacion de su adorable Hijo en el augusto templo de Jerusalem. ¡ Abatid, razon orgullosa, vuestras luces á presencia de tan inefables misterios! No quieras acercarte á investigar el esplendor de tanta magestad, para no ser oprimida de su gloria. Los ojos de la fe únicamente son capaces de ver sujetarse á la ley de la Purificacion la mas pura de todas las criaturas. Ellos solos comprehenden los altos moti-

vós que tuvo la verdadera Madre de Dios, virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto, para observar una ley que no la obligaba. Yo solo me atrevó á decir, que voluntariamente se sujeta á ella para ofrecer á Dios el mas agradable sacrificio, ya de sí misma, ya del Señor del santuario, que presenta al Padre celestial para la redencion del género humano.

Con arreglo á este plan, que es el de la religion que profesamos, debia yo tratar en utilidad de mis hermanos de la Purificacion de María, y de la Presentacion de Jesu-Christo, para edificacion de pecadores y de justos; pero la materia es muy extensa para ser tratada en un breve discurso. Limítome pues á manifestaros, que la Purificacion de María debe servir de exemplar á los pecadores que desean purificarse. Unica proposicion, digna de esta cátedra, acomodada á la instruccion

de los fieles, y al espíritu de nuestra augusta religion.

Animad, Señor, mis palabras: poned en mis labios expresiones de eficacia y de vida: no atendais á la indignidad del ministro, sino al alto fin de mi ministerio, que es el bien de las almas: derramad pues sobre todos nosotros las luces de vuestro Divino Espíritu, para que se renueve hoy en este templo vuestra gloria. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave MARIA.*

Postquam impleti &c.

Para conocer bien el mérito de María en la accion de su entrada en este día en el templo, y el gran fondo de instruccion que encierra

esta augusta ceremonia en orden á la purificacion del pecador, es necesario tener presentes los dos preceptos impuestos por Dios á su pueblo en el Exódo y en el Levítico. En el uno ordena la purificacion de la madre, y en el otro la presentacion del primogénito en el templo. María se sujeta á los dos, siguiendo la costumbre de la ley. En orden al primero, dice un sabio, nada hizo María en el exterior, que no fuese comun á las demas mugeres judías. Lo que la distingue de todas ellas, es sujetarse voluntariamente á una ley, que segun sus propios términos, no la comprehende. La purificacion era para María un consejo. Podia observarla como madre, pero no la obligaba en quanto vírgen. ¿Qué necesidad tenia de purificarse, como se explica S. Bernardo, la que habia llevado en su vientre la fuente de toda la pureza en la persona del que se habia hecho hombre para purifi-

car al linage humano? ¿Qué, no podria entrar en el templo, añade este Padre, la que habia parido al Señor del templo mismo?

Sin embargo, aunque exenta de la ley, quiso sujetarse á ella, haciéndola creer su humildad, que debia conformarse á la costumbre, para evitar el escándalo del pueblo, que ignoraba sus privilegios. Por otra parte, en calidad de Madre de Dios y Corredentora del linage humano, quiere purificarse segun la ley de Moyses, para servir de exemplo al pecador que desea purificarse conforme á las leyes del evangelio.

Es verdad que la purificacion de los pecados es obra de solo Jesu Christo; pues pide por autor un Hombre Dios. Asi queriendo S. Pablo representarle baxo esta augusta calidad, nos eleva desde luego á considerar su omnipotencia y su grandeza. Este, dice, por quien Dios ha hecho el mundo, esplendor

de su gloria, carácter de su substancia, que todo lo sostiene con su palabra, nos ha purificado por sí mismo de nuestros pecados: ministerio sublime, superior á los ángeles; pues todos ellos juntos, á qualquiera gracia que hayan sido sublimados, serian infinitamente inferiores á semejante empleo. Ni quiso Jesu Christo, dice un sabio, desempeñar esta comisión por solo el mandamiento de su palabra, ni por una simple aplicación de su virtud omnipotente. Su sabiduría y su amor hallaron á propósito que exerciese en su persona misma el ministerio de purificador de nuestros pecados.

Mas como nosotros, segun el plan de su religion, debemos por nuestra parte cooperar á su gracia, se dignó este divino Salvador darnos en su santa Madre, que se purifica hoy segun la ley de Moyses, un exemplo admirable de todo lo que debemos obrar para ser purificados de nues-

tras culpas segun la ley del evangelio. En efecto la Purificacion de María empieza por la humildad, dice un célebre orador, el dolor la acompaña, y el amor la consume; disposiciones admirables, que hicieron mas santa y mas perfecta á la que era mas pura que los ángeles. ¿Y no es la humildad, os ruego, el dolor y el amor lo que principalmente exige el evangelio para la purificacion de nuestros pecados? Reflexemos.

Aprended de mí, dice Jesu Christo, que soy manso y humilde de corazón. ¿Qué de abatimientos, qué de humillaciones no le costó la exaltacion del hombre! Desciende del cielo para humanarse y tomar la forma de esclavo: nace en un pesebre, reclinado entre pajas el que es mas elevado que los cielos: Herodes le persigue, su pueblo le desconoce, la sinagoga le aborrece, los escribas y fariseos le injurian, un

discípulo le vende, y Jesu Christo se humilla hasta sufrir una afrentosa muerte de cruz por nuestro amor; á cuyo voluntario sacrificio se ofrece solemnemente á su Padre celestial en el dia de su Presentacion en el templo en calidad de primogénito de todos sus hermanos.

María pues como verdadera Madre de este Dios Hombre, y heredera de su espíritu, debió acompañarle en estas humillaciones, que miraba siempre como su mayor gloria, dimanada de la conformidad con su Hijo, cabeza y exemplar de los predestinados; la qual no podia verificarse sin una union de afectos tan estrecha, que humillado Jesu Christo, se humillase su Madre. Por manera que eclipsada la gloria y divinidad del Salvador baxo el velo de una carne pasible, debian eclipsarse al mismo tiempo las excelencias de María, en cuyo vientre virginal habia sido hecho Hombre.

El misterio que encierra la ceremonia de este dia nos provee una prueba auténtica de esta verdad. En efecto. " Si el Hijo de Dios, como reflexiona un sabio, se sujeta á la ley de Moyses, es menester que María le acompañe en esta sumision; si Jesu Christo se somete á una ley, que parece opuesta á su divinidad y á la santidad de su nacimiento, es menester que María se someta á una ley que parece opuesta á su divina maternidad y á la pureza de su parto; si Jesu Christo se somete á la ley de la presentacion de los primogénitos, es menester que María se seje á la ley de la purificacion de las mugeres inmundas, y que parezca en el templo á presencia de todo el mundo, confundida con las demas judías, como si careciera de esta virginidad; que la hace tan agradable á los ojos de Dios, y mas pura que los mismos ángeles; de esta maternidad divina que la

eleva sobre todas las criaturas. Sacrilegos Nestorios, pérfidos Julianos, enemigos jurados de las grandezas de María, no la considereis en el estado de sus humillaciones; no atendais á las sombras que la cubren y obscurecen, que es el sol quien la ha descolorido: *Nolite considerare quòd fusca sim, quia decoloravit me sol.* Reflexad que todo esto no es mas que una participacion gloriosa y voluntaria de los abatimientos del Hijo de Dios, y un raro exemplar de humildad, que al paso que nos confunde, nos instruye en el árduo y único negocio de nuestra purificacion.

La soberbia, señores, el orgullo, el amor propio, nos alejaron de Dios, casi desde nuestro mismo origen, con una separacion infinita. Adan pecador engendró pecadores, y por una sucesion funesta nacemos todos hijos de perdicion y de ira; y aunque el Señor por su misericordia nos redimió con la sangre preciosa de su

Unigénito, instituyendo sacramentos que nos lavasen de la culpa original, y nos purificasen de las actuales, dispuso que esto fuese humillándonos baxo su mano poderosa. En efecto habiéndonos Jesu Christo redimido de tan miserable esclavitud á costa de las mayores humillaciones, quiso que todos sus discípulos zanjasen el edificio de su salud sobre el sólido fundamento de la humildad, y que fuesen tanto mas elevados en su presencia, quanto mas humildes en esta vida; pues el mismo Señor, como dice S. Pablo, por haberse humillado obedeciendo hasta la muerte, por tanto Dios lo exáltó, y le dió un Nombre superior á todo nombre, ante el qual se postrasen los cielos, la tierra y los infernos.

Hé aquí el origen de la sumision de María á una ley que la confundia con las mugeres pecadoras, pero que la eleva en su interior al mas alto

grado de pureza; y hé aqui un poderoso motivo de confusion de vuestra altivez y soberbia. María, mas pura que los ángeles, se somete á unas ceremonias que la degradan en la apariencia; y vosotros cubiertos con la lepra del pecado, y sumergidos en su lodo pestilente, ¿rehusais humillaros confesando de buena fe vuestra propia baxeza? ¿Vendo yo fábulas, señores? ¿Soy algun declamador importuno? ¿Ah! si quando os acercais al tribunal de la penitencia, sacramento de vuestra purificacion espiritual, revelára Dios vuestras conciencias, como lo executará en el dia de su ira, conocerian todos el orgullo y la soberbia con que profanais las mas veces este sacramento de humillacion, ante el qual debeis siempre comparecer como reos. ¿Qué de hipócritas! ¿qué de fariseos! ¿qué de apologistas de sus propios crímenes, que lejos de acusarse como pecadores, pretenden

pasar en este tribunal por otros tantos justos. Este excusa sus delitos, atribuyéndolos á otro, y aquel los disminuye, á imitacion de nuestros primeros padres. Unos refieren con frialdad sus crímenes, como pudiera su relacion un ciego; otros buscan su vanagloria y jactancia en los ejercicios mismos y prácticas de la religion. Este confiesa todos sus pecados; pero nutre aún en su corazon la ambicion y la soberbia; aquel se acerca con frecuencia á la mesa del Santo de los Santos; pero sin haberse antes despojado del espíritu de vanidad y de avaricia. Hipócritas, dice Jesu Christo, vosotros blanqueais el exterior de los vasos y los platos; pero vuestro corazon está lleno de injusticia, de impureza y de rapiñas. Lavad, pecadores, vuestras manos, uso aqui de las expresiones de Santiago; mas no olvideis, almas dobles, purificar vuestros corazones: humillaos á este fin baxo la mano poderoso

sa de Dios. Esta es la primera basa de la obra de vuestra purificacion. Mas para hacer progreso en ella, es necesario que á la humildad acompañe el dolor, segun el exemplo que nos da en este día nuestra Madre, y segundo motivo de confusion para el pecador indolente. Seguidme atentos.

Todos saben que el único Nombre que se nos ha dado para poder ser salvos es el de Jesu Christo crucificado por nuestro amor. En esta fe vivieron los Patriarcas y Profetas, conociendo por una revelacion secreta, que todas las oblaçiones y sacrificios de la ley Natural y Escrita eran otras tantas figuras de este adorable Salvador, y que ellos mismos le representaban sobre la tierra para consuelo del linage humano. Recordad, señores, los fastos sagrados de nuestra religion, y vereis á este segundo Adan reparando sobre un árbol la salud que habia perdido su pueblo en el paraíso; en Abel le ve-

reis sacado al campo, y sacrificado á la envidia de su hermano; le vereis en Enós enseñándonos á invocar el nombre del Señor; le vereis en Enoch elevado sobre los cielos, para venir á juzgar al mundo al fin de los siglos; le vereis en Noé fabricando el arca de su Iglesia, fuera de la qual deben perecer todos en el diluvio del pecado; en Melchisedech le vereis ofreciendo á Dios vivo é inmortal su sacrificio baxo las sagradas especies de pan y vino. ¿Qué mas? En Isaac le vereis cargar sobre sus hombros la leña para el sacrificio; en Jacob luchando con Dios mismo, y como vencién-dole quando espiró en la cruz; le vereis en Joseph víctima de la envidia de sus mismos hermanos, vendido por otro Judas, injustamente acusado, reputado éntre iniquos, y constituido en fin Salvador de Israel y de Judá; en Moyses y David vereis sus persecuciones; en Josué su gloriosa entrada en el cielo, verdadera

tierra de promision, á la frente de su pueblo escogido; en Job vereis sus dolores; en Sanson su fortaleza y sus victorias sobre los enemigos de Dios; en Salomon su sabiduria; en Jonás su sepultura y su resurreccion; en Elías y Eliseo su zelo y sus prodigios; en Isaías sus injurias de parte del pueblo; y en Jeremías su continua afliccion.

¿Cómo podremos negar á María un pleno conocimiento de todas estas verdades en las circunstancias de presentar á su Hijo en el templo, principalmente constándonos del evangelio que el santo Simeon la dixo en esta misma ocasion, que una espada penetraria su corazon, aludiendo á la pasion y muerte de su Unigénito? ¡Vaticinio terrible para esta augusta Madre! pero que solo sirvió de renovar el sacrificio que tenia ya hecho, y aceptando todos los dolores y sufrimientos que le son hoy vaticinados pública y solemnemente.

«Yo, señores, dice un sabio, jamas he podido reflexar sobre esta dolorosa profecía, que penetra el corazon de nuestra Reyna, sin representármeme Abraham, obligado á sacrificar á Dios su propio hijo. Formad conmigo el paralelo. Tres veces habla el Señor á Abraham sobre su hijo; una, quando se lo promete; otra, quando le asegura las bendiciones de todos los pueblos en este hijo; y la tercera, quando se lo pide en sacrificio. Para que la figura correspondiese á la realidad, observa Dios la misma conducta en orden á la Santa Virgen. Le habla tres diferentes veces. En la primera por boca de un ángel le promete un Hijo. En la segunda por medio de Isabel la asegura que será colmada de bendiciones, y bendita entre las mugeres á causa de este Hijo, y en la tercera, por boca de Simeon, la pide á este mismo Hijo en sacrificio. ¡Qué comparacion mas justa! Dios habla

tres veces á Abraham y otras tres veces á María. Envía un ángel á Abraham, y envía un ángel á María. El ángel enviado á Abraham empieza asegurándole no tema; el ángel enviado á María empieza dándole la misma seguridad: Abraham recibe orden de Dios de sacrificar á su hijo; María recibe asimismo orden del Señor de consentir al sacrificio del suyo."

"Pero hay estas dos notables diferencias. Primera, el corazon de Abraham sufre solamente tres dias de prueba; mas la espada de dolor que penetra el corazon de María le duró toda su vida, porque siempre tenia presente el cruento sacrificio. Segunda, Abraham no estaba asegurado que Dios no revocaria el orden, como en efecto lo revocó por ministerio de un ángel; pero María estaba cierta que el sangriento sacrificio de su Hijo para redimir al hombre seria cruelmente executado." Agregad á esta

terrible consideracion la ruina de los malos, que en el transcurso de los siglos habian de malograr una redencion tan copiosa con la mas detestable ingratitude, y admirareis á María, la mas pura de todas las criaturas, sujetarse á las leyes de una purificacion que no la comprehenden, ofreciendo su corazon á los dolores de la penetrante espada que le anuncia el santo Simeon.

¡O, si nosotros manchados con tantas iniquidades imitásemos este bello exemplo en el dia de nuestra purificacion espiritual! ¡O, si nos acompañase siempre el dolor de las injurias hechas á Jesu Christo! ¡O, si á imitacion de David traxesemos siempre nuestro pecado delante de nuestros ojos para llorarlo y detestarlo! Pero la lástima inconsolable es, que por un transtorno de juicio, pretendéis curar vuestras impurezas secretas por la frecuencia de los espectáculos públicos, donde como car-

bones os encendeis mutuamente en el fuego voraz de la lascivia; y como si los males no debieran curarse por sus contrarios, á la oracion, á la limosna, al ayuno, al dolor penitente, á la frecuencia de Sacramentos, á la satisfaccion, que son los medios instituidos para la purificacion de las culpas, quereis substituir las visitas inútiles, y á veces sospechosas, el juego ruinoso, los placeres, las diversiones profanas; en una palabra, el espíritu del mundo al de la penitencia. Confusion vergonzosa, que al paso que os cubre de ignominia, impide vuestra purificacion, que no solo debe ser humilde y dolorosa, sino animada del amor de Dios.

III. Asi en efecto debe ser para su mayor perfeccion. "Sin el amor, dice un orador célebre, la humildad y el dolor de María en las circunstancias de su purificacion ¿cómo hubieran perfeccionado su mérito de-

lante de Dios? Ni María se hubiera sometido á la ley de una ceremonia que no la comprendia, sino en fuerza de su amor á Jesu Christo: sin este poderoso estímulo hubiera hecho valer sus privilegios. ¿Qué necesidad tengo, hubiera dicho, de esta purificacion? ¿porqué no tocaré las cosas santas, habiendo concebido al Santo de los Santos? ¿De qué podrá servirme esta ceremonia exterior, ordenada por la ley de Moyses para purificar las mugeres inmundas de Israel, siendo yo Madre sin haber dexado de ser vírgen, ó por mejor decir, siendo mas vírgen y mas pura por ser Madre de Dios? Mas el amor que inflama su espíritu le inspira otras ideas, y deseando con todo el ardor de su corazon conformarse á su adorable Hijo, solo piensa en imitar sus humillaciones y abatimientos, para reparar en el modo posible el ultrage y menosprecio hecho á la bondad, santidad y magestad de Dios

por los pecados de los hombres: por esta causa Simeon al vaticinio de la pasion de Jesu Christo añade hoy el dolor de la Madre, para enseñarnos que lo que aquel ha de sufrir en su cuerpo, sufriria ésta en su corazon por amor."

¡Qué exemplar, señores! ¡qué instruccion tan importante en orden á vuestra purificacion! El demasiado amor á las criaturas os ha separado de Dios: en vuestro corazon habeis preferido las cosas terrenas á vuestro Criador. Es pues indispensable, dice un Padre de la Iglesia, que por medio del fuego del amor de Dios consumais la leña de vuestros pecados. Volved en sí, hombres criminales, os diré con un Profeta, y reponed sobre el trono de vuestro corazon el amor de Jesu Christo, que injustamente habian ocupado vuestras pasiones favoritas. Dexad pues las criaturas por amor á vuestro Criador, que digno es de recibir

la gloria, el honor y la divinidad. Volved, prevaricadores, volved repito, y entrad en vuestro interior. Dios, por un efecto de su bondad, no sabe despreciar un corazon humillado, contrito y poseido de su amor. Si pretendeis purificaros para tener parte en los misterios inefables que la Iglesia os presenta este dia, ofreced al Señor en vuestro corazon el sacrificio de humildad, de dolor de vuestras culpas, y de amor á su infinita bondad. Sacudid vuestra altivez, y la deplorable indolencia que os aturde sumergidos en el lodo de vuestros pecados. Purificad vuestras conciencias; lavaos con las aguas saludables de los Sacramentos, y ofreced á Dios en vuestra penitencia los gemidos del dolor y del amor. Muévaos la humillacion, el dolor y amor de Jesu Christo y de su santa Madre ácia vosotros, que os presentan en este dia estas augustas ceremonias. No desprecies, os ruego, el tiempo

de la misericordia , que se acerca el juicio de Dios y el de la ira.

¡ Augusta y soberana Madre , consuelo nuestro , refugio nuestro , dulce esperanza nuestra ! A vuestros sagrados pies , Señora , gimen hoy los desterrados hijos de Eva. No os desdigneis arrojar sobre nosotros una mirada favorable. Pecamos , hemos cometido iniquidades , hemos errado las verdaderas sendas ; ya no somos dignos de llamarnos tus hijos : mas reconocemos nuestros yerros , é imploramos vuestra clemencia. ¿ Quándo se cerraron á nuestros gemidos vuestras maternales entrañas ? Alcanzadnos , ó Madre piadosísima , una humildad profunda , que nos haga conocer nuestra nada y nuestra propia vileza ; un dolor vehemente de haber ofendido á nuestro Padre Dios ; un amor inflamado en la mas ardiente caridad , para que podamos acompañaros en este dia á ofrecer al Señor agradables sacrificios en el tem-

plo de nuestras almas. Reyne para siempre en ellas el amor de Jesu Christo , que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reyna eternamente Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

